

En la obra en italiano aparece el espíritu honorablemente batallador y la altivez del ilustre prelado en la reafirmación de la verdad. Ello quizá impidió que fuese elevado a la sacra púrpura. Aquellos benditos españoles, mendacio devoti, por su culto a la mentira eternamente retrógados, probablemente hicieron presión en Roma, cerca de las autoridades eclesiásticas, viendo en la posible promoción del digno prelado italiano, una autorizada y decisiva derrota de sus pretensiones. Para hombres como el Rev. Rocco Cocchia, los honores terrenos y semi-terrenos son de orden secundario. La verdad, para hablar como Cicerón, le fue amiguísima, y con la verdad ha pasado a la historia.

Hace algunos años, encontrándome en Italia, tuve la idea de inrustar una lápida en su honor en la fachada del máximo templo cívico de Avellino. El breve epigrafe fue dictado por el Prof. Alessio, cuyo nombre, en ocasión del bimilenario virgiliano, corría de boca en boca entre los latinistas de Europa por un Carmen escrito en honor del inmortal poeta latino. En realidad escribí dos, imaginando al principio que yo deseaba incluir mi modestísimo nombre, cosa que nunca ha sido mi costumbre. Los transcribo:

I.— Amplissimo Viro — Rocco Cocchia — Archiepiscopo Hirpino — qui — Legatus Apostolicus in America — Dum Cathedrale Templum Sancti Dominici — Restaurandum curat — Ossa Christophori Columbi invenit — Die X Septembris A. MDCCCLXXVII. — Modestus Patriarum rerum Hirpinus Cultor — Lapidem posuit et dicavit — Dic...
 II.— Amplissimo Archiepiscopo — Rocco Cocchia Abellinensi — Apostolico Legato pro America — qui Divino instinctu concitatus — In Cathedrali Templo Sancti Dominici — Ossa iam diu latentia — Christophori Columbi — Repperit — Municipis P. P. A. MD. etc.

La lápida, por razones independientes de mi voluntad, no fue colocada. Finalmente procuré interrogar al arzobispo de esa respecto a la colocación de un duplicado en la Catedral. Pero después, no se ha vuelto a hablar más de ello.

Hace algún tiempo, apareció en un periódico italiano un comunicado suscrito por alguien de una pequeña República Centroamericana, en que se decía que los restos serían dispersados y vendidos. Procuré contradecir la noticia en una Revista de Nueva York. Como se ve, la vieja malignidad aun no está extinta. Hay que estar siempre alerta. La lucha, hoy, ha pasado de manos de los españoles a manos de judíos. Ha sido dado a la estampa, firmado por cierto Mauricio David, judío de New York, un volumen para demostrar que Colón era hebreo. Los judíos, poco a poco, están dominando el mundo.

Trataré de hacer un resumen de su trabajo, al menos en lo que respecta al Rev. Rocco Cocchia. Que sea su nombre bendito en Santo Domingo, como lo bendecimos nosotros, hijos no degenerados de la nueva y grande Italia. Es deber nuestro valorizar nuestras glorias contra todos y contra todo, con ánimo orgulloso y constante, con entusiasmo inexhausto.

Oigo decir que en esa ciudad se está construyendo el nuevo puerto, lo que hará posible el contacto con el resto del mundo. Quizá también las naves italianas que ahora hacen el servicio entre el Mediterráneo y el Pacífico, podrán hacer escala allí para el intercambio de los diversos productos. ¡Cuántos productos podría Italia comprarle a Santo Domingo, y cuántos Santo Domingo a Italia! Así el recíproco aprecio, nacido del trabajo, de la historia y, finalmente, del comercio, tornaría aun más robustos los vínculos de afecto y de civilización entre los dos pueblos hermanos.

Entre tanto, reciba Ud., querido Dr. Iugo, mis más cordiales saludos, agradeciéndole una vez más su gentil pensamiento a mi respecto. Y no sea varo de sus otras obras históricas y colombinas. Quien no le confía a la imprenta sus pensamientos, es hoy el peor de los egoístas. Créame, extendiendo los saludos a mis relacionados y amigos,

Su devoto servidor,
 Rev. A. Landolfi."

La Primera Misa

Investigaciones históricas

Monseñor Edwin V. Byrne, Obispo de la Iglesia Católica en Puerto Rico, ha formulado una pregunta, a guisa de hipótesis, con la cual suscita otro problema en relación con el descubrimiento incidental del jardín de las antillas. —¿Fué en Puerto Rico donde se dijo la primera misa en América?— Con tal pregunta inicia el mitrado su artículo de

ciento veinte líneas inserto en un conocido diario puertorriqueño.

Esa página fue escrita por el reverendo para corresponder a la invitación que le hizo, en ocasión del aniversario de la nueva dádiva del océano civilizador al ligur insigne, un club feminista de damas distinguidas. El caso, hipotético o presunto, ha surgido al

amparo de las dos versiones referentes a la primera misa oficiada en la Isla Española. Esas versiones sólo difieren en cuanto a la fecha, o día litúrgico, en que aquella fue celebrada. La una afirma que lo fué el 8 de diciembre, en 1493, en honra de la Virgen Purísima; la otra afirma que lo fue el 6 de enero, en 1494, día de los Reyes Magos. Anticipo que siempre me ha parecido más propia la fiesta de la Inmaculada, que la fiesta de la Epifanía, para la celebración de la primera misa, o sea más fidedigna la versión referente al 8 de diciembre que la relativa al 6 de enero, porque es sabido que el fervor religioso de los españoles siempre alcanzó su más alto grado en su devoción a la Purísima; i, también, porque la demora de trece días se justifica, o cuando menos se explica, no así la de cuarenta días transcurridos desde el desembarco de la expedición hasta la celebración de la misa solemne. Consta, además, que la misa solemne se dedicó por el Padre Bernardo Buyl—el Vicario Apostólico i Legado de la Santa Sede—a la consagración del modestísimo templo, aún inconcluso, erigido en la Isabela, la ciudad única, fundada por Colón, en la Española, con el claro nombre de la reina preclara a quien le rendía homenaje, como codescubridora de América, en vida i ya fenecida.

Se ha querido ver, o lo parece, un motivo de duda i de controversia en la existencia de esas dos versiones, cual si fuesen contradictorias, cuando el hecho mismo de su coexistencia ha debido servir para esclarecer ese punto histórico. Nada se opone a la coexistencia de la primera misa el 8 de diciembre i la misa solemne el 6 de enero. Nada obsta a que la una se dijera, en altar i ara bendecidos por el Vicario, a los trece días de la nueva toma de posesión hecha por el Descubridor, ni a que, corrido el lapso cuarentenario i habilitado ya el templo inconcluso, se le consagrara en una misa solemne.

Cierto es que abundan errores en crónicas e historias, originales o nó, por falta de conocimiento directo, i, en algunos casos, por falta de discernimiento. Eso, especialmente, en relación con las jornadas iniciales de ambos sucesos: el descubrimiento i la conquista. Veamos los relativos al tema.

Civezza, retrocediendo hasta el año 1477, nos muestra a Colón en Córdoba, la ciudad de los kalifas, cuando toma como confesor a Frai Juan Infante, mercedario, a quien hace aparecer como tripulante de la nao, quince años después, i le atribuye la primera misa, en Guanahani, mientras el nauta victorioso planta en ella la cruz i tremola la enseña de León i de Castilla. Eso no es cierto.

Remesal, en su Historia de Chiapa i Guatemala, sustituye un fraile por otro—ambos eran mercedarios—i no es Infante, sino Solórzano, el confesor del héroe, i vino en la

expedición salida de Palos en el primer viaje. Pero le agrega un apéndice: "venía como confesor de Colón i de Hojeda". Error por duplicado. Sabido es, i no de ahora, que Alonso de Hojeda tampoco vino a las Indias Occidentales sino en el segundo viaje del Gran Almirante.

Otro fraile—i son tres—se cita con igual carácter en el épico viaje de los setenta días. Pérez, a secas, se le llama; pero hubo quienes lo presentarían en escena como el mismísimo prior del convento, a quien el marino genovés le confiara su hijo Diego cuando iba a emprender su famosa aventura civilizadora. El dato es curioso por absurdo. Se realiza un imposible. Se es, al mismo tiempo, prior de la Rábida i guardián del adolescente en el convento, i viajero en la nao de la flota colombina i confesor del insigne nauta. Se olvida, además, el hecho constante, aunque erróneo, de que el Prior de la Rábida fué históricamente conocido, durante cuatro centurias, con el doble apelativo de Pérez-Marchena. Precisamente el error fue descubierto i comprobado en los días festivos del Cuarto Centenario de América.

El humorismo talvez imagine que el genial completador del planeta—como Alejandro el nudo—cortó de un tajo el guión del apellido a duo para traer consigo a Pérez i dejarle su hijo a Marchena. Pero el error de confundir dos personas en sólo una se deshizo—como queda dicho—desde que se supo que el Padre Marchena era el confesor de la Reina i el Padre Pérez era el prior de la Rábida. Ambos distinguidos religiosos—aunque no lo acompañaran en sus expediciones oceánicas—fueron amigos i servidores obsecuentes del varón eximio.

Resulta, pues, que la cita hecha por el prelado sólo demuestra que las crónicas antiguas, lo mismo que la tradición franciscana i que la tradición mercedaria, adolecen de no escaso número de errores u omisiones, aunque no siempre sean de importancia; i cabe reafirmar i repetir:—que ni Infante, ni Solórzano, ni el tal Pérez, ni otro fraile cualquiera, ningún sacerdote cruzó el océano tenebroso en el primer viaje de descubrimiento realizado triunfalmente por el nauta perillustre.

Contrayéndome ahora a la pregunta formulada en su artículo por el pastor de la grei católica puertorriqueña—aunque las líneas que anteceden no huelgan, sin duda, siquiera como ilustración previa del asunto—parecíame infundada la presunción hipotética que en su abono se insinúa. Ella se funda en dos circunstancias. Una: la primera misa no se dijo, ni pudo decirse, en Guanahani, ni en Cuba, ni en la Española al término del primer viaje, porque no hubo sacerdote para celebrarla. Otra: la flota del Gran Almirante, en el segundo viaje, detúvose en un puer-

lo o enmendada de la isla borinqueña—aun impreciso i en tela de discusión—unas setenta horas con el propósito principal de tomar agua para el consumo de las diecisiete naves que la integraban.

El segundo extremo da origen a la pregunta. Esta se apoya: 1o.—en las versiones; 2o.—en la estadía de los buques en un punto de la costa de Puerto Rico. Contesto a lo uno con lo que antes expongo: las versiones no son antagónicas ni contradictorias. Ellas coexisten i es lógico inducir que el día de la Inmaculada se celebró la primera misa; i que el día de la Epifanía se dijo una misa solemne—no la primera—para consagrar el templo erigido en la Isabela. A lo otro contesto como lo hago en seguida.

A mi turno inquiero:— ¿No sería necesario llenar algunos trámites antes de disponer la celebración del santo sacrificio? ¿No se requería la autorización del Legado i Administrador Apostólico, el severo i docto benedictino, a quien se le dieron instrucciones reales i se le concedieron facultades por

la Santa Sede? Dos a tres días, en un medio desconocido i sin duda hostil, debía ser insuficiente para satisfacer las prescripciones de la liturgia. No se olvide que se trataba de la primera misa, en tierra de infieles, i era un acto de valor moral i religioso, un acto de trascendencia histórica, el cual iba a ser el índice de una orientación catequista. ¿Cabría realizarlo, como un acto cualquiera i por uno cualquiera de los ordenados in sacris? Ni se olvide, tampoco, que esa segunda expedición tenía prefijado su destino. ¿Podía desviarse i salirse de su cometido expreso?

Como un transeunte hai que considerar a esa gran flota colombina. Iba de paso i solo ha podido detenerse para llenar algunas necesidades, más o menos urgentes, i para un reconocimiento, superficial i limitado, precursoros de la ocupación, más tarde, i de la toma de posesión de la pequeña isla que habría de ser el bello i fragante Jardín de las Antillas.

Fed. Henríquez i Carvajal
Académico

GESTA BOLIVARIANA

Clio ha recibido de Caracas, como fino obsequio de la Academia Nacional de la Historia —mientras el autor de la obra nos anuncia, desde Cartagena de Indias, el envío de otro ejemplar de la misma— un volumen rotulado con la frase sustantiva que luce esta página como título. Huelga tal vez decir que ese libro, escrito por un académico colombiano i dedicado a Venezuela en el centenario de la muerte de Bolívar, fue impreso ahora por la "Editorial Elite" establecida en la ciudad del Avila. La edición se ha hecho, sin duda, por la precitada academia o con sus auspicios.

Nos ha parecido la ocasión propicia, aunque luego se le dedique a esta obra histórica la página bibliográfica merecida, para desglosar del volumen uno de los dieciocho estudios que lo integran. Es uno de los más interesantes, por su valor psicológico i por su alcance político, i concurre como pocos a fijar la orientación ideológica del Libertador durante el proceso de la creación i consolidación de la Gran Colombia —de su plan de concordancia solidarista entre las naciones advenidas al goce de la soberanía en el mundo indohispano.

El Dr. G. Porras Troconis —Correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia— evoca el espíritu de Bolívar, contenido en la famosa epístola, i nos lo muestra en cada uno de los párrafos de su estudio. Veámoslo en seguida:

De todos los escritos de los primeros años de la vida pública del Libertador, el más importante por la doctrina y por la clarivi-

dencia política que encierra, es la carta que desde Jamaica escribió, con el pseudónimo **Un Americano meridional**, a cierto personaje de aquella isla, real o fingido, que le había solicitado informes sobre el estado de su país y la marcha de la revolución emancipadora. Los dió tan cabales en la citada carta, que su información no sólo abarca lo concerniente a Venezuela, sino que pinta la situación de todo el continente y lo que es aún más maravilloso, prevé el futuro de las naciones que iban a surgir a la vida independiente. Causa verdadero pasmo cuanto allí dice sobre la solidez de la estructura política que debía alcanzar la república de Chile, sobre las violentas conmociones y las autocracias que se entronizarían en la meseta del Anáhuac, sobre el desgobierno y la anarquía de la Nueva Granada bajo el régimen federativo, y muchas otras circunstancias de la vida política del Nuevo Mundo. Previsiones de esta índole, que son frecuentes en la vida del Libertador, hacen pensar en una misión providencial, ya que todo cálculo humano falla lastimosamente cuando de entrever el futuro se trata, cuando de adivinar los arcanos del porvenir se planea por la tambaleante inquisición del espíritu humano.

Una idea que aparece ligeramente esbozada en el Manifiesto de Cartagena — la limitación de la representación popular — resurge en la carta de Jamaica con nuevo vi-